

ANT-XIX-1386(10)

CRÍTICAS INSTANTÁNEAS

I



EL P. COLOMA

Y LA ARISTOCRACIA

POR

FRAY CANDIL

(EMILIO BOBADILLA)



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO SUCESORES DE RIVADENEYRA

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, 20

1891

MIGUEL MIRANDA

SAN PEDRO, 7

TEL. 429 45 76

28014 MADRID

2300

EL P. COLOMA Y LA ARISTOCRACIA

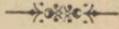
20 cm

R-91194



CRÍTICAS INSTANTÁNEAS

I



EL P. COLOMA

Y LA ARISTOCRACIA

POR

FRAY CANDIL

(EMILIO BOBADILLA)



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO SUCESORES DE RIVADENEYRA

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, 20

—
1891

Es propiedad del autor.

ADVERTENCIA.

Este folleto ha sido escrito en horas, al correr de la pluma. Su autor, que de un tiempo á esta parte vive alejado del mundo de las letras, pensaba escribir algo, un artículo; pero nunca tuvo el propósito de borrajear tanto papel.

Las proposiciones ventajosas de un editor amigo—la verdad por delante—son, pues, la causa de la publicación de este juicio *impresionista* y desaliñado, es cierto, pero franco y leal.

Después de impreso noto en él ausencia de *cohesión*, de rigurosa unidad. Atribúyase á que, á medida que iba yo escribiendo estas cuartillas, una mano impaciente y presurosa (la del editor, ¿á qué andar con misterios?) se las llevaba, camino de la imprenta.

—Dese V. prisa—me decía, como puede decir

un comadrón á una parturienta que despache— que una vez pasada la oportunidad, ¡adiós mi dinero!

Añada el lector á lo expuesto—que es un signo de la *dureza* pecuniaria de la época—las veleidades de mi salud, semejantes á las del clima de Madrid, y dígame sinceramente si no soy acreedor á su benevolencia, aunque eso de pedir benevolencia no sea muy *fin de siècle*.

FRAY CANDIL.

Madrid, Abril 29 de 1891.

PEQUEÑECES.....

I.

Mucho ha dado y da que decir aún esta novela, no sólo á la gente de pluma, sino también á los iliteratos. El éxito escandaloso, inusitado, de *Pequeñeces*, aparte de su mérito artístico, se debe, en mi sentir, á que su autor es un jesuíta, y á que en la novela se ridiculiza con punzante sátira á la aristocracia española.

A juzgar por lo que el propio autor declaró en el prólogo, el origen de su novela responde al hecho de habersele prohibido sermonear desde el púlpito á las señoras de la nobleza. Lo que entonces no pudo decir *bajo las bóvedas del templo*, lo

dice paladinamente ahora desde las páginas de una novela, á imitación de los frailes de antaño, que, subidos sobre una mesa, en cualquier *plaza pública*, predicaban *rudas verdades á los distraídos*.

El fin *edificador* que el catequista se propone, es, pues, evidente. El fin político, aunque el padre Coloma se lo calla, se vislumbra. Sabido es que los jesuítas, como los monos, *barren para adentro*.

La vida cortesana, con todo su boato y sus vicios, durante el período de la Restauración de la Monarquía borbónica, constituye el medio ambiente social de la novela. Al decir de quienes lo saben, el P. Coloma narra con tal exactitud este pedazo de la historia de España, que muchos de los supervivientes se han dado por aludidos. Algunos suponen, y no sin fundamento, que *Pequeñeces* es una novela de *clave*, por mucho que el autor, acaso curándose en salud, haga constar en las notas que sus personajes *no son retratos de determinados individuos* (pág. 287, tomo II).

A fin de no pecar de prolijo, me dejo en el tintero una serie de cuestiones relacionadas estrechamente con lo que pudiéramos llamar la *hermenéutica* de *Pequeñeces*. Por ejemplo: ¿los jesuítas han dado una prueba de *ingratitude* á la aristocracia, al sacar á relucir los vicios de ésta—

aunque sea con el fin de corregirlos—si se páramientes en que aquéllos viven, en gran parte, á costa de los nobles? La sátira del P. Coloma contra los aristócratas, ¿no se vuelve contra los propios jesuítas, por cuanto que éstos han sido sus educadores? Aparte del fin *moralizador* que el P. Coloma no disimula, ¿habrá alguna *arrière pensée* que pudiera traducirse en despecho, desengaño amoroso (no olvidar que el P. Coloma fué mundano antes que fraile) ú otro de los varios móviles recónditos que suelen producir, bajo *apariencias engañosas*, no pocos de nuestros actos?

Estas psicologías sin documentos *auténticos*, sugeridas por meras conjeturas, no dan ninguna luz. El mundo de la conciencia es tan obscuro y tortuoso, hay en él tal lucha de tendencias, que ni los mismos que *obran* se dan á veces cuenta clara de sus acciones, por muy psicólogos que sean.

Fuere lo que fuere, es lo cierto que el asendreado sacerdote ha escrito una novela de las que entran pocas en libra.

El procedimiento de dicho novelador es análogo al de Balzac: el P. Caloma está casi siempre detrás de sus personajes á quienes interrumpe á menudo con inoportunas digresiones. Carece de la impersonalidad de Flaubert, impersonalidad que, á mi juicio, es una de las prendas más valiosas que pueden adornar á un novelista. Con ella

se evita la suspensión del interés que despierta el curso dramático de los acontecimientos, el proceso psicológico de los caracteres.

Con los novelistas personales é intrusos me ocurre lo que con los apuntadores que se dejan oír del público: que me quitan la ilusión de la realidad, interrumpiendo el monólogo de mis comentarios *íntimos* y privándome del placer de imaginarme como realidad *vivida*, lo que tal vez es ficción del artista.

El propio Flaubert lo ha dicho en una de sus cartas á Jorge Sand: «El novelista no tiene derecho para dar su opinión sobre tema alguno.»

El P. Coloma se parece también á Balzac, ya que no en la intensidad reflexiva y en otras cualidades, en la *manera* de observar los hombres y las cosas, y hasta en lo de citar con frecuencia autores y libros. No observa como Flaubert, evocando la sensación real hasta el punto de sentir, por ejemplo, sabor á tinta cuando pintaba el envenenamiento de *Emma Bovary*, según refiere Taine. Ve claro, observa sin *ensueños*, narra con naturalidad y frescura, analiza con firme pulso; pero carece del poder mental de convertir en imagen viva y ardiente la sensación, en términos de identificarla con ésta.

Su método introspectivo no es el fisiológico, ni por soñación, sino el de la psicología *pura*, meta-

física, lo propio que el de Balzac, aunque no siempre. No estudia los temperamentos como Zola; se fija *preferentemente* en el *aspecto exterior* de los individuos. No sabe á punto fijo la *característica* de sus personajes, porque prescinde de las leyes biológicas. Por donde se presume que algunos de ellos podían tener un fin distinto del que tienen.

Diógenes, tipo que baña de vinosa alegría toda la *fábula*, pudo morir inconfeso y maldiciendo, como vivió, y Curra, sin redimirse. No es un *determinismo* fundado en los factores fisiológicos y psíquicos de cada uno de ellos lo que les impulsa á obrar como obran: es el providencialismo sistemático del autor, el *reclamo* á la Compañía de Jesús. Cierta que la confesión de Diógenes podía justificarse por las *casuales* circunstancias que el novelista agrupa en torno suyo, y ciertos antecedentes de su vida de escolar. Pero más adelante me detendré en este punto.

En las novelas de Flaubert y de Zola no cabe tal sustitución de *fin*. Emma Bovary muere de la *única* manera que debe morir, lo propio que su marido.

En *Teresa Raquin*, en *La Terre*, acontece lo mismo. Y es que Flaubert y Zola, cada cual á su modo, son psicólogos reflexivos, experimentalistas, á la inversa del P. Coloma, que es un psicólogo de salón, un observador empírico. Argumento

que vigoriza esta opinión es el de que en el padre Coloma el dialoguista avasalla al narrador y al pintor de caracteres.

El diálogo es, sin disputa, lo que más cautiva en *Pequeñeces*, y se comprende, porque el P. Coloma se concreta en él á reproducir la realidad, sin personales comentarios. En dichos diálogos abunda la naturalidad, el chiste espontáneo, la viveza, la precisión. En este respecto se aleja el padre Coloma de la *manera* de Balzac, para acercarse, hasta confundirse con Alarcón. En el dialogar desenvuelto, rápido, chispeante, campechano, hay mucha semejanza entre el autor de *La Pródiga* y el de *Pequeñeces*. Hasta en la nota cómica, picaresca, con que terminan los más de los capítulos de *Pequeñeces*, hallo parecido entre Alarcón y Coloma. Recuérdense, si no, las saladísimas escenas de *El Sombrero de tres picos*, y compárense con otras de *Pequeñeces*. Y es que en el P. Coloma, como en Alarcón, predomina la tendencia satírica.

Cuando el esclarecido jesuíta suspende el diálogo para mostrarnos el interior de sus personajes, decae; sólo consigue poner de manifiesto su experiencia social de mundólogo, de hombre corrido, que atiende y *anota*; pero en modo alguno la penetración sutil y profunda del analista que otea los más sinuosos rincones del espíritu. Sus

observaciones *subjetivas* recuerdan las de esos viejos inteligentes y memoriosos que *han visto mucho* durante su vida, y que saben recordarlo oportunamente, aderezándolo con cuentos, anécdotas y geniales ocurrencias.

Ellos no podrían ordenar, y mucho menos someter á un sistema armónico, los datos recogidos, ni sacar de ellos otra filosofía que la vulgar, la contenida en los refranes, por ejemplo, que no es, después de todo, sino la suma de los azares de una larga existencia.

El P. Coloma sobresale, además, en la pintura *plástica* de los tipos. Sabe comunicarles vida y movimiento, sin abuso de luz ni de sombra. Procede por impresionismo.

En lo relativo á *sorprender* los estados de conciencia de los caracteres, hay que confesar que el P. Coloma dista mucho de ser un maestro. Sus análisis se me antojan superficiales, sin ser frívolos ni erróneos. Se dirigen á la epidermis, que no á las vísceras.

Suele limitarse á la pintura de lo externo, rara vez llega á lo *sugestivo*; no medita *dentro* de las almas, no desdobra sus pliegues, como Bourge, pongo por caso. En sus estudios psicológicos femeniles se *huele* al confesor avezado á tales disciplinas, al filósofo de *boudoir*.

Y deploro disentir del parecer de doña Emilia

Pardo que pone á Coloma, como analítico, al nivel de Balzac.

*
* *

Digamos algo del P. Coloma en cuanto prosista. Su estilo se distingue por lo natural y desgarbado. Su sintaxis peca de sobrado *caprichosa*. Abusa de los gerundios, no sabe ligar las cláusulas. Su vocabulario pone grima por lo pobre: en cambio es rico en muletillas y repeticiones de palabras.

Sus períodos pondrían á Flaubert los pelos de punta. ¡Cuánta cacofonía, cuánto consonante, qué flujo de asonancias y de hiatos, qué inopia de giros!

Su lenguaje no brilla por lo castizo; abunda en frases tomadas literalmente del francés y del inglés, en galicismos léxicos é ideológicos, y en algunas páginas no deja de haber solecismos y otros defectos de construcción.

En desquite de tachas tales, la prosa del ingenioso misionero enamora por lo concisa, por lo *pintoresca*, sin que por esto se entienda que el padre Coloma es un colorista, ni mucho menos. Su ausencia de purismo obedece, á mi ver, á que el P. Coloma lee mucho en lenguas extrañas, en francés y en inglés, principalmente. Y lo revela en el abuso de citas y *frases hechas* pertenecientes al primero de los citados idiomas. El pa-

dre Coloma debe de haber viajado mucho. Lo atestigua su erudición de cosas que no se conocen sino viéndolas, sus gustos y aficiones por lo refinado, por lo aristocrático, por lo exótico.

Más adelante comprobaré con ejemplos del propio jesuíta cuanto llevo dicho acerca de su prosa.

Y metámonos en *Pequeñeces*, que ya es hora.

II.

La novela, en mi sentir, carece de *unidad* de acción. En rigor, es una serie de cuadros de costumbres aristocráticas unidos por un *solo* personaje, Currita. Y el placer estético, como enseña Eugenio Verón, consiste en una intensidad armónica de sensaciones.

En música, si las vibraciones no son acordes, se combaten y anulan, lo mismo que en acústica: las intermitencias de una luz lastiman los ojos. Y esta armonía de sensaciones—añade Verón—debe supeditarse á la *unidad final* del pensamiento que ha dado origen á la obra artística. Estas son las bases sobre las cuales descansan las leyes de la composición, leyes que el P. Coloma quebranta á ojos vistas.

¿Cuál es la *acción* de *Pequeñeces*? Lo ignoro. ¿Se persigue en la novela algún fin que no sea el moral y el religioso? Al decir *fin*, no me refiero al objeto, al móvil del escritor. ¿Hay en *Pequeñeces* un proceso de *documentos* humanos? Lo que se ve claro es que la protagonista, la Condesa de Albornoz, es una de tantas *señoras* del gran mundo, ambiciosa, altiva, dominante, alegre, con aficiones irresistibles á la poliandria, sorda al amor materno, embustera, vanidosa é intrigante (que no *intriganta*, como escribe el novelista olvidando tal vez que no se dice *amanta*, *indecenta*, que yo sepa al menos), que luego de llevar una vida escandalosa y disipada, se convierte al jesuitismo, sin pizca de arrepentimiento *sincero* y *hondo*, gradual é *ineludible*. Porque nótese que la *indecente bribona*—según el calificativo del clérigo—no se arrepiente de sus culpas en el *instante psicológico oportuno*, sino al fin, de mala gana casi, empujada por el novelista.

Una mujer histérica y supersticiosa, como la Albornoz, debió sentirse brutalmente conmovida con la muerte de Jacobo, no sólo por *humanitarismo*, sino por amor; y en efecto, el novelista describe con fuego este episodio que raya en lo maravilloso. Pero el autor prescinde del monólogo íntimo (que yo supongo) de los temores ultraterrestres de la Condesa, producto de su reli-

giosidad vaga y tibia, de las sensaciones despertadas en su cerebro por el misterioso y horrible drama de que fué testigo, de sus alucinaciones enfermizas, de sus recuerdos eróticos sumergidos en un charco de sangre....., factores todos que en un temperamento nervioso y creyente dan por *resultante* el misticismo, ó lo que haga sus veces. La conversión de aquella mundana (que tiene tanto de señora como yo de obispo), veleidosa y egoísta, estaría entonces justificada plenamente, á lo que entiendo.

Currita *está en carácter* hasta el abandono de Diógenes, ora mostrando toda su astucia y su perfidia en la entrevista con *El Buey Apis*; ya su cinismo en la Castellana, hasta el punto de exclamar, á la vista de dos prostitutas que se ingieren en el espectáculo de las mantillas y las peinetas: «Que haya otras dos más, ¿qué importa?», exclamación que pone al desnudo su ausencia absoluta de sentido moral; ya su hipocresía con motivo de la muerte de Velarde, á cuya madre ofrece, como suyo (de la Albornoz), el dinero del infortunado duelista; ya su vanidad insinuante y su lascivia, enamorando á las claras á Jacobo, el *Ministro fugitivo de Constantinopla*; ya dictando al mundo elegante los cánones de la moda; ya valiéndose del imbécil de su marido á fin de alcanzar sus libidinosos fines con Sabadell, su *Monsieur*

Alphonse; ya utilizando al parásito de Leopoldina Pastor para que husmee desde un palco del Real con quién *se tima* el Byron de pega; ya burlándose hasta el escarnio, en compañía de su querido, del bolonio de Villamelón, si no en persona, en efigie; ya manifestando su altivez herida cuando en el convento de Loyola se la niega la entrada....

Curra Albornoz asume todos los vicios de la mujer adinerada, frívola, vivaz é insolente, de pésima educación moral (y cuenta que fué educada por los jesuitas), que, sin más freno que su voluntad—porque del infeliz de su marido se ríe que da lástima—se entrega á las liviandades perfumadas de *escalera arriba*, á las intrigas de la vanidad sedienta de nombradía, escudada siempre con su título de Condesa y sus caudales, y engreída ante el aplauso de una sociedad corrompida y superflua. Porque la Albornoz no abandona á sus hijos y falta á los deberes conyugales, aturdida por una pasión absorbente y *despótica*, no; es infiel á su marido por *vicio*; ella no ama á Jacobo, aquel grandísimo tunante que la explota á su antojo; y prueba de que no le ama, es que no llora su muerte. Ella abandona á sus hijos, que han salido, *en parte*, buenos, por atavismo quizá, porque tales padres no pueden dar sino prole degenerada, no para ocultar á sus ojos el espectáculo nefando de sus amores ilícitos, sino

por natural desapego, por ausencia de cariño. La pasión que en ella grita es el orgullo. Por eso tiene tanto valor, como dato psicológico, la negativa rotunda que recibe cuando pretende penetrar, en un día de *juerga*, en el convento de Loyola, y la bofetada que la da el Mayordomo de Palacio cuando, por mandato de la Reina, la ordena que devuelva la cruz de dama de honor.

El P. Coloma se ha esmerado en esta creación de mujer; es un retrato que pestañea. ¡Con qué desparpajo y con cuánto salero que se expresa! ¡Qué sandunga tiene cuando maneja la *tijera*, ya para poner un mote, ya para inventar una mentira ó hacer añicos una honra! Si *todas* las señoras de alto coturno son así..... ¡no quiero yo aristócratas por mi casa!

Me parecen bien estudiadas las *posturas* de su espíritu en aquel hermoso capítulo en que se describe, con tanto colorido como fuerza *sugestiva*, la solemnidad de la música de *Dinorah* entreverada de los diálogos picantes que sostienen entre sí aquellos aristócratas aburridos, tediosos, á quienes el teatro sirve de pretexto para dormirse, chismorrear, ó concertar citas clandestinas; pocas veces para hallar en él solaz, emociones, ya tristes, ya alegres, que, en cierto modo, influyen en sentido educador sobre el espíritu.

La música entristece, y el entristecerse es, por

lo menos, un indicio de no ser *malo del todo*. ¡Cuántas veces, al escuchar una música doliente, no nos hemos arrepentido del daño inferido al prójimo, no hemos visto pasar por nuestra mente los errores de nuestra vida, nuestras vanidades y nuestras luchas, hasta esfumarse en una atmósfera de inefable melancolía!.....—¡Qué efímero es el vivir!—parece que murmuran á nuestros oídos aquellas notas que, por lo mismo que nada expresan, lo dicen todo. Y bajo la sugestión del arrobamiento estético, sentimos que nuestros ojos se humedecen y que asalta nuestro pensamiento la idea, siempre temerosa, de la muerte! En esos instantes cada individuo es un histérico, á no tener el alma sorda á las lamentaciones de la música.....

*
* *

Luego de la Condesa de Albornoz, el tipo de más relieve de la novela, es, sin género de duda, el de Diógenes, que maldito lo que tiene que ver con Fausto, como pretende el Sr. Balart. Desde el momento en que muere, desamparado de sus amigos, desaparece la alegría de la obra. Sus ásperos pero graciosísimos desplantes, unidos siempre á la interjección *¡Polaina!* que tiene tanta fuerza cómica como *¡Le pauvre homme!* de Molière; la franqueza ruda y avinagrada con que trata á toda aquella

gentuza, que no por ser aristocrática, deja de ser gentuza; su antipatía invencible por el tío Frasquito, á quien acribilla á burlas y á motes de un sabor *quevedesco*; su desprecio, en fin, por aquel mundo opulento, pero podrido, en que vive, denuncian un temperamento enérgico, un carácter viril, viciado por una educación nociva (y cuenta que los jesuítas fueron sus mentores) y una vida crapulosa, de borrachera y de juego diarios. ¡Qué influjo tan avasallador el del medio!

Porque Diógenes es bueno en el *fondo*; lo demuestra cuando escribe precipitadamente á la Villasis previniéndola que el truhán de Jacobo, su marido, trata de unirse nuevamente á ella con el fin de saquearla; y lo demuestra también en su amor puro y sencillo por Monina, la nieta de la Villasis, el único ser que logra enrojecer su cara papanduja de ebrio y de cínico, cuando con *infantil repugnancia* le dice la niña, al pretender aquél besarla: —«¡No..... que apestas!»

Recordando esta repulsa, el pobre Diógenes no se atrevía, en sus momentos agónicos, á besar á la niña, aunque lo anhelaba ardientemente.— «¿Quieres verla?», le preguntaba la abuela.— «¡Sí, sí quiero!», contestaba Diógenes enternecido. «Le daré un beso....., ¿verdad? ¿Me dejas? ¡Será el último, María!.... ¡Le besaré el *zapatito*..... *nada más que el zapatito!*»

El P. Coloma ha dibujado la figura de Diógenes con *verdadero cariño*. En él ha infundido su rica vena satírica, ha puesto en sus labios sus propios juicios y sus cáusticas censuras de la aristocracia, sus amores y sus antipatías por ciertos personajes.....Para el P. Coloma, como para Diógenes, la Villasis es un dechado de virtudes. Ella es la única á quien Diógenes quiere y respeta. El padre Coloma desprecia profundamente á la Albornoz y á Jacobo, y á Diógenes le pasa tres cuartos de lo mismo. El afecto que el novelista le profesa á Diógenes, se ve hasta en la manera de *martarle*. Diógenes no muere, como Velarde y Jacobo, inconfeso. Y desde el punto de vista artístico, dejando aparte lo religioso, ¡cuánto no hubiera ganado la figura de Diógenes á haber expirado sin sacramentos!

Diógenes *está en su papel* hasta la llegada de la Villasis. Desde ese momento desaparece el novelista y entra el jesuíta; su pluma se convierte en hisopo.

Este capítulo es hermoso y triste, aun admitiendo las ideas del autor. El cual, que tiene alma de artista, ha sabido *preparar* los acontecimientos de modo que resulte lógico en apariencia el desenlace. ¿Cómo había de negarse á recibir *los auxilios* de la religión si se lo suplicaba, por boca de la Villasis, la simpática Monina, á quien Diógenes

adoraba? A mayor abundamiento, el Padre que se brinda á confesarle fué nada menos quien le enseñó á rezar, de lo cual no se acuerda.—«¿Cómo era aquello?.....» pregunta. «*Subió á los cielos y está sentado.....* ¿Dónde está sentado?»—pregunta en que se revela, hasta en momento tan crítico, el espíritu burlón del P. Coloma, digo, de Diógenes.

Después de terminada la novela, queda flotando en la memoria del lector la sombra reidera, triste y simpática, de aquel alcoholizado tan mordaz como sincero.

No puede uno recordar á Diógenes sin recordar juntamente al tío Frasquito, algo caricaturesco, no lo discuto, pero no inverosímil, como supone el talentoso, pero anticuado crítico, D. Federico Balart. La escena en que el inglés, aleccionado por Diógenes, pincha con un alfiler al tío Frasquito en una nalga á fin de convencerse si ésta es de *corcho*, como asegura Diógenes, hace reir á las piedras.

Y se me ocurre preguntar, con ocasión de la tacha de *inverosimilitud* que el Sr. Balart pone á la caricatura del tío Frasquito: un jorobado, ¿no es una caricatura? Y ¿deja por eso de ser real? Un cojo ¿no tiene asimismo sabor caricaturesco? ¿Y no se ven de diario cojos á granel? Un tipo puede ser caricaturesco, y sin embargo, no ser inverosímil. De suerte que don Federico se ha equivo-

cado esta vez, como suele, con perdón sea dicho.

¿Qué tiene de inverosímil, por ejemplo, la escena en que el tío Frasquito se alarma al sentir olor á trapo quemado, gritando: «¡Socorro! ¡socorro!»? El episodio no puede ser más cómico: el tío Frasquito, metido en cama, luego de haberse quitado los dientes y la peluca, se inclina para recoger del suelo el libro que leía, y se quema en la palmatoria, sin advertirlo, la borlita del gorro de dormir. Asustado con el olor á chamusquina, se echa de la cama, implorando auxilio. A sus gritos, se abre la puerta de la habitación contigua, y aparece Jacobo, revólver en mano; Jacobo, que era víctima en aquellos momentos de terro-ríficas alucinaciones. Del contraste surge la risa; y en esto precisamente estriba la *vis* cómica que contiene dicho capítulo. Jacobo se ha puesto á registrar sigilosamente un cartapacio de documentos masónicos sellados; su espíritu ha pasado por todas las emociones de quien viola un secreto importante: ha visto papeles comprometedores, letras de cambio pagaderas á la vista..... Todo lo tiene en su poder, y puede utilizarlo en provecho suyo. El novelista describe con maestría las diversas emociones de sorpresa, de recelo, de rencor, de miedo, de perplejidad, de alegría, de estupefacción que en el ánimo de aquel canalla despierta la contemplación de tan valio-

sos papeles. Le pinta atisbando, lleno de zozobra, los menores ruidos, husmeando por el ojo de la cerradura, á fin de ver si hay alguien que le acecha; en una palabra, pone de manifiesto los estados morbosos de terror, de incertidumbre, de desconfianza, de todo aquel que, al delinquir, presume que le están vigilando. En esta coyuntura es cuando al tío Frasquito se le ocurre pedir socorro. ¡Y en qué facha se le presentaría *Francesca de Rimini*, como le llama Diógenes, cuando le fué imposible á Jacobo, su amigo, reconocerle!

El tío Frasquito, sin dientes, sin peluca, envuelto en un largo camisón, antojósele á Jacobo un esperpento. La síntesis de este capítulo es el *mons parturiens*, del clásico.

Y vuelvo á preguntar, á trueque de ser machacón: ¿dónde está la inverosimilitud del tío Frasquito? Si llamamos inverosímil á lo cómico, no hablemos.....

Inverosímil sería la escena de la venta entre el arriero, D. Quijote y Maritornes; inverosímil la del manteo de Sancho; inverosímil todo el *Tacaño*, de Quevedo, el *Cándido*, de Voltaire, etc., etc. Lo que no niego es que hay *alguna* ponderación en la pintura de dicho personaje. Pero no olvidar que en toda concepción cómica se advierte el mismo abultamiento. La idea de lo cómico nace *precisamente* del contraste entre el hecho y la in-

tención que le atribuimos. La misma *naturaleza muerta* da ejemplos de estas hipérbolos. Cuántas veces no vemos un árbol lleno de jorobas, pobre de ramas, grietoso, que nos mueve á risa, si no con la *intensidad* con que nos reímos de lo cómico humano, por lo menos con cierta burla *benévola*, nacida del hecho de ver quebrantadas las leyes de la armonía y de la similaridad.

*
* *

Al que sí me atrevo á acusar de inverosímil, no por lo que es, sino por lo que le sucede y lo que hace, es á Jacobo, á quien aquellos valiosos documentos no le sirven para nada. En cambio, el novelista los aprovecha para *justificar* su misteriosa muerte, la cual, desde el punto de vista descriptivo, merece aplauso; pero en lo tocante al encadenamiento lógico de los hechos, se me antoja fantástica y efectista hasta no más. Tiene un señalado sabor á comedia de magia. Y todo ¿para qué? Para llamar asesinos á los masones. ¡Asesinos! ¿Y son los jesuítas los que se atreven á pronunciar esta palabra? ¿Acaso andan tan flacos de memoria que olvidan hechos que nadie desconoce? ¿Se han olvidado de Ravaillac?

Quitando á Jacobo la estampa, la representación política y social, ¿qué queda? Un mentecato

presuntuoso, impúdico, de corazón avellanado, que no contento con haber arruinado á su mujer, la abandona; que se entrega á todo género de desórdenes, *buscando siempre un charco de placeres desconocidos en que zambullirse y revolcarse y gozar*; un aristócrata que de puro aburrido, se echa á político y se inicia en los secretos de la masonería..... Jacobo es un trasunto, si no *acabado*, no distante de la realidad, del noble crapuloso, sin átomo de dignidad, que busca á la mujer, no para amarla—porque en su corazón no tienen eco las pasiones que subliman—sino para explotarla, para convertirla en instrumento de su vanidad y de su lujuria.....

Es un producto complejo de la herencia y de la adaptación mesológica. En su espíritu no hay fibra que responda á ninguna idea levantada, á ningún sentimiento generoso. Es un *criminal*, en fin, á quien favorece la atmósfera social en que respira, á la inversa de esos infelices que roban y matan por hambre ó por amor. ¡Qué estudio tan profundo podría hacerse, desde el punto de vista antropológico, de semejantes facinerosos de frac que, lejos de arrastrar una cadena, exhiben públicamente su insolencia afeminada, é influyen en los destinos políticos de toda una nación! Las cárceles, para ellos, no tienen rejas ni cerrojos, porque saben de antemano descorrerlos con sus intrigas

y su bolsa. Espíritus áridos y abyectos donde no arraiga planta bienhechora alguna, donde el dolor del prójimo no tiene resonancia, ni voz el remordimiento; donde el amor se trueca en vanidad y lascivia..... lepra dorada de las altas clases, que relampaguea confundida con el lujo. ... ¿Con qué derecho se atreve la sociedad á condenar á presidio al mísero que delinque, si aplaude con su tolerancia á estos soberanísimos bribones? ¿Con qué derecho pone el grito en el cielo porque la clase obrera, la que elabora con el sudor de su frente los caudales de la grandeza, pide unas cuantas horas menos de trabajo?

*
* *

Estudiemos ahora, muy á la ligera, los tipos secundarios de *Pequeñeces*, á los cuales el inteligentísimo Sr. Balart concede poca ó ninguna importancia, acaso porque son vulgares y carecen de relieve artístico.

El Marqués de Villamelón, haciendo la vista gorda ante las infidelidades de su mujer, y preocupado con la incubación artificial de los huevos de gallina y los guisos de su cocinero, es un estudio aproximado á la realidad. Su reblandecimiento cerebral, como dato patológico, tiene escaso valor. Si no fuera por su falta de memoria,

único síntoma que apunta el novelista, no se sabría á ciencia cierta de qué mal padece.

En estas *patologías* el P. Coloma no está muy fuerte, que digamos.

Y lo demuestra al describir la borrachera y el ataque cerebral de Diógenes, que se me antojan del todo falsos. De fijo que el P. Coloma, antes de *matar* á Diógenes, no tuvo la precaución de echarse al colete unas cuantas páginas acerca del mecanismo de la *invasión de la embriaguez* y de los estados de conciencia producidos por el alcohol. No se sabe por qué se vuelve idiota Villamelón, aunque se presume.

Probaré ahora, ya que la precipitación con que escribo no me lo permitió á su tiempo, lo absurdo de la enfermedad de Diógenes.

El novelista presenta á Diógenes echado en el coche, *roncando* «con esa especie de ruido asmático, propio de los *borrachos viejos* cuando duermen la mona». De suerte que Diógenes es un borracho *crónico*. A las sacudidas del coche, cae Diógenes y despierta, quejándose como si le hubieran dado *una paliza*. No contento con lamentarse, se lía al cuerpo el *waterproof* de Leopoldina Pastor, y se pone á imitar á los toreros haciendo piruetas, en una de las cuales *cae al suelo*, víctima de un *vahido*.

Un borracho crónico á quien despierta brusca-

mente una caída desde lo alto de un coche, experimenta, *por lo menos*, una conmoción cerebral, queda *aturdido* y pierde la libertad de moverse. ¿Cómo se explica que se ponga á hacer piruetas? El *vahido* que le da, luego de jugar al toro, no es un producto de la caída, sino de las vueltas.

Diógenes aparece, según el novelista, no sólo sereno, sino intelectualmente lúcido, ágil, cuando precisamente lo característico del borracho es el atolondramiento y la insensibilidad.

Escribe el P. Coloma:

«Al pasar por el balneario de Cetona, acometióle otro ligero desvanecimiento. Leopoldina Pastor empenóse entonces en hacerle beber un par de vasitos de aquellas aguas medicinales»; pero Diógenes tuvo á bien beberse, en cambio, *una enorme copa de ginebra que le volvió la salud* y el buen humor.

El alcohol es, pues, lo único que sostiene la vida de Diógenes. Este segundo desvanecimiento, además, no es propio del *traumatismo* (caída), sino del alcoholismo crónico.

Más adelante, Diógenes se niega rotundamente á entrar al convento de Loyola, «porque no acostumbraba á poner los pies donde tenían derecho á ponerle en la calle».

Estas razones, con que el novelista *prepara* el ánimo del lector para la conversión de Diógenes,

son algo forzadas, pero desde luego revelan que Diógenes discurre. Este discurrir, lógico y sano, es de quien tiene memoria y está en el uso de sus facultades mentales, pero impropio de un borracho (alcohólico agudo), un beodo, tal como el novelista le pinta, *durmiendo la mona*.

Un alcohólico crónico no suele *achisparse* como el que no se embriaga habitualmente. ¿Cómo se compadece esto con lo anterior?

Continúa el novelista: «Hablabá Diógenes, pálido y agitado», y dirigiéndose luego á un rincón de la cuadra, *vomitó con grandes ansias y sudores* lo poco que *había comido*.

Los borrachos crónicos son víctimas de una inapetencia invencible. No comen nunca lo bastante para poder arrojarlo.

Vomitan, sí, por las mañanas, pero sin *ansias ni sudores*, filamentos, *madejas*.

Más adelante declara Diógenes que él se cura solo, á fuerza de *ginebra*, y se bebe no sé cuántas copas. Luego no es ún borracho agudo, por cuanto que no aborrece la bebida. Pero tampoco es crónico, porque come y vomita.

Y llegamos al *ataque cerebral* con que tiene á bien rematarle el novelista. ¿Es hemorragia, es inflamación lo que tiene? ¿Es fractura de la base del cráneo? Averígüelo..... Diógenes. Si el *ataque* hubiera aparecido á raíz de la caída (donde dice

ataque, léase colapso ó estupor, *shock*, en inglés), nada tendría que objetarse; pero entonces Diógenes se hubiese quedado como un muerto en la carretera, sin proferir palabra; hubieran tenido que llevarle á cuestas. Pasadas seis ó veinte horas, habría despertado como un idiota, sin recuerdo del pasado, por de pronto; no habría reconstruído su *pasado inmediato*.

¡Y qué médico—al fin, médico de campo—el que asiste á Diógenes! ¿Pues no dice que si le da el *segundo ataque* se muere? ¿Acaso eran fiebres intermitentes perniciosas, para repetir? ¿Acaso inflamación cerebral? Le hubiera dado fiebre y no le habría pasado tan pronto. ¿Fué hemorragia? Se hubiera despejado entonces al cabo de unas horas, pero con parálisis de la lengua, de las piernas, de los brazos, etc.

Lo que el novelista describe es un absurdo en la lógica de la patología, y una inverosimilitud en la doctrina corriente.

¿Y qué me dicen ustedes del *sueño tranquilo* de Diógenes después del ataque? Pregunte el P. Coloma á cualquier médico—menos al que figura en su novela, que es un *tío* bruto—si después de *todo eso* hay quien duerma *tranquilamente*.

¿Y dónde me dejan ustedes las *pupilas dilatadas* y *sanguinolentas*, *faltas de convergencia* (!!), del moribundo? El P. Coloma no sabe lo que son

pupilas. ¡*Sanguinolentas* esas dos aberturas redondas que forman el músculo íris! La *convergencia* de las pupilas es otro desatino. Convergentes serán los *ejes* de los ojos ó las miradas; pero las pupilas..... ¡quíá!

Y en cuanto á la *dilatación* de las pupilas, ¿cómo ha podido verla el P. Coloma? ¡Como no fuese con una cerilla! A mayor abundamiento, la dilatación de las pupilas no indica nunca *repetición* de ataque. Pero ataque, ¿de qué? ¿de inhibición cerebral? No. ¿Inhibición cerebral y *sueño tranquilo*? ¿Si el P. Coloma habrá inventado una patología *sui generis*? De fijo.

Pero lo *picante* del caso está en que Diógenes, después del ataque, ó lo que sea, cuenta cuentos, y tan agudos como el del gitano. *Ergo* tenía sana la mollera, porque de otra suerte no se explica.

La ignorancia del novelista ha consistido en no ver que, en el caso de Diógenes, lo *natural* hubiera sido un ataque de *delirium tremens*, es decir, temblor de manos, de pies, de cabeza, de lengua, y un delirio terrible, *casi* suicida.

Luego cuenta el novelista que Diógenes se golpea el pecho y que vomita sangre.

Y se me ocurre preguntar: ¿Cómo no vomitó al caerse? Porque si tan frágiles tenía los vasos, más trastazo que el que llevó al derribarse del coche.....

Sabemos que Diógenes reza, aunque sin cohe-

rencia. ¿Se concibe semejante estado de ternura en un alcohólico crónico?

En plata: que el P. Coloma no sabe lo que se *alcoholiza*. Y con todo, la escena es hermosa.

Los que creen que al novelista le basta poseer *conocimientos variados* y dotes observadoras solamente, me tildarán acaso de pedante porque *exijo* en todo estudio novelesco *antecedentes* científicos que me lleven al conocimiento *probable* de las acciones y *peripecias* orgánicas de los individuos.

Ya pasó el tiempo de la novela imaginativa. Hoy se pide al novelador, no que *diserte*, sino que *reconstruya* con arte la realidad en vista de los datos suministrados por la ciencia experimental. Claro que el *quid* estriba en saber *ocultar* el andamiaje.

Para contar á la manera del vulgo, sin reflexión, por mero impresionismo que nada nuevo sugiere, porque no traspasa las lindes del *lugar común*, más vale no escribir.

*
**

Villamelón, el *héroe del combate navo-terrestre*, sin dejar de ser quién es, un glotón y un cornudo á sabiendas, debía tomar parte más activa en la fábula. Casi siempre aparece en último término,

y como envuelto en una atmósfera gris. Como *silueta* me gusta, pero no como retrato.

El autor le ridiculiza con saña. Recuérdese, si no, la escena aquella, de un humorismo cervantesco ó cervantino, en que, luego de leer una carta de uno de los amantes de su mujer, en la que se le llama *melón*, va en busca, bastón en mano, de la adúltera, y topa con el perro, sobre cuyos lomos descarga toda la cólera que reservaba para aquélla.

En éste, como en la mayoría de los capítulos de *Pequeñeces*, hace gala el eximio jesuíta de su fecundo numen satírico. Porque, no olvidarlo: el P. Coloma es, ante todo y sobre todo, un satírico, no de los que, luego de burlarse de los vicios ajenos, los perdona, sino de los que, como Juvenal, se proponen herir de muerte á una sociedad decadente y pervertida.

Lo que examina, al través de este tipo, el padre Coloma, es un *aspecto* de la vida íntima del aristócrata vulgar. No es el análisis de un carácter, y mucho menos el de un temperamento. Más bien, y en cierto sentido, es un estudio etnológico, aunque somero.

Hay en él vulgaridades y *salidas* que bastan para colocarle á la altura de los más distinguidos cacasenos. No inspira compasión ni simpatía, sino cierta indiferencia repulsiva, semejante á la que suelen inspirarnos los viciosos sin originali-

dad, sin ingenio, sin *arranques*. Se disculpa, la moral aparte, que la Albornoz, tan viva de ingenio, tan revoltosa, se la pegue.

No se mueve mucho dentro de la novela; á ratos se olvida uno de que existe; no influye, poco ni mucho, en la acción; pero, admitido el *tipo* como síntesis de una clase de hombres, y en *cierto modo*, de una raza, nada tan chistoso como los medios de que el novelista se vale para dárnosle á conocer.

*
* *

Tiene semejanza con su mujer en lo de ser cínico, egoísta; en lo de no querer á los hijos; pero difiere de ella en lo intelectual. Sin tener talento, la Albornoz es una mujer astuta, de claras entendederas, pero incurablemente fría y fatua. Ambos están unidos por un convenio tácito de tolerancia mutua. A los ojos de las gentes pasan por *felices* y bien avenidos, y tal vez lo sean, porque entre ellos no hay disputas, ni celos, ni opiniones. Ella le domina con la superioridad de su inteligencia y lo imperioso de su carácter.

Jamás se duele allá en lo íntimo de su alma, ya que no á título de esposo burlado, á título de hombre, del papel que desempeña. Hay en él no sé qué de inconsciente y de sordo, que mueve á pensar en los microcéfalos.....

¡Qué abismo el que media entre este pelafustán de sangre azul y aquella otra figura de marido engañado que pinta Galdós en *La Incógnita y Realidad!*

Orozco sabe que su mujer, Augusta (que, dicho sea de pasada, vale más, pero mucho más, que la Curra de *Pequeñeces*), le es infiel; pero lejos de prestarse á ser cómplice suyo y de castigarla, la perdona, por un á modo de altruismo, de indiferencia profundamente desdeñosa por las miserias mundanales.....



Las ideas y los sentimientos, ¡qué contradictoriamente aparecen al ojo del observador cuando los mira al través de la lente multicolora de la realidad! Algo así viene á decir el ilustre psicólogo de *L'intelligence* en alguna parte de su estudio sobre Carlyle.

Para el hombre que ama, para el que sin amar, es digno y tiene definido el concepto de la moral austera, de la que no tiene otro juez que la conciencia personal, ¡qué apoplejía de ira, de desprecio, de vergüenza, de pasión, de celos salvajes, de venganzas sin ocaso, debe de producir la infidelidad de la mujer con quien unió sus dolores, sus esperanzas, sus intereses y sus alegrías!

¡Qué efectos tan antagónicos los que produce— si produce alguno—en el corazón del que matrimonió por vanidad, por lucro ó por hastío!....

Dice un proverbio latino: *In amore animal ferrox, post amorem animal tristis*, proverbio que me acude á la memoria siempre que pienso, y pienso de higos á brevas, en la *mayoría* de los nobles.

Antes de unirse, ya por mera sensualidad, ya por la riqueza, ya por los pergaminos, ó por todo junto, rara vez *gratis et amore*, muéstranse aparentemente solícitos é *impresionados*; pero una vez que el deseo se realiza, ¿qué resta? Dos seres fastidiados el uno del otro, tal vez arrepentidos, que, atropellando toda ley ética, todo cánon social, pactan el contrato indecoroso que pudiéramos llamar de *la vista gorda*.

Se auxilian mutuamente, cada cual á su modo: él, desvirtuando con su *representación* de marido la protesta pública de la moral ultrajada; ella, *atenuando* con su *carácter* de esposa los calificativos sonoros y gráficos que las gentes aplican, sin perifrasis, á las prostituidas.... menesterosas.

¿Celos? ¡Ca! Ellos son esclavos de esta máxima que recuerdo haber leído en la *Physiologie du mariage*, de Balzac :

«*Qu'un homme d'esprit ait des doutes sur sa maîtresse, celà se conçoit; mais sur sa femme!.... il faut être pas trop bête.*»



Sucede con estos individuos lo contrario de lo que sucede con los *criminales de ocasión*, de Ferri. Hay personas que son buenas *à nativitate*; pero llega un día en que, víctimas de los influjos del medio, de la educación, de la miseria, de la bebida, de los celos, cometen un delito. La atmósfera social en que viven, lejos de refrenarles, les empuja *fatalmente* á delinquir, á la inversa de aquellos á quienes el medio en que respiran les *contiene*, no dejándoles pasar la zona intermedia-ria del crimen y el libertinaje.

No huelga hacer una advertencia: en las obser-vaciones apuntadas no aludo á la grandeza espa-ñola; me refiero á la grandeza en general, y siem-pre con las consiguientes salvedades.



El amor materno, que es un *instinto*, al revés del paterno, que es un fenómeno complejo de la civilización, al decir de Ch. Richet, aparece en las aristócratas, salvo excepciones, como una ten-dencia vaga que fluctúa entre la *animalidad* y el refinamiento. Hay algo en la sangre, que *grita*; pero también algo en el vértigo de la vida de pla-ceres, que *calla*. Mujer que viola los deberes con-yugales, que despilfarra su vida en saraos, diver-siones y holgorios, *feria de vanidades*, que diría

Thackeray, ¿cómo ha de ser buena madre, si el amor materno tiene su raíz en el retiro del hogar, en el trato íntimo de la prole? ¿Se explica de otra suerte el fenómeno observado en aquellos hijos para quienes el nombre de madre nada significa, porque fueron, desde la infancia, alejados de ella?

Otro tanto que de la aparición de las imágenes en el niño, puede afirmarse del alborear de los sentimientos. Para aquel que no ha roto á hablar,

«que la palabra indómita balbuce»,

que dice N. de Arce, el nombre *papá*, verbigracia, ¿qué representa? Un sonido que él aplica indistintamente á todos los hombres. Para él cualquier hombre es su padre. Para nosotros, el vocablo *bapá* es individual; para el niño, general, aplicable á toda una clase. (Esta observación no es mía, es de un insigne psicólogo francés.) Por la repetición acústica y visual llega un día en que el niño sabe á *punto fijo* quién es su padre.



¿Cómo se forma el carácter? De un modo análogo, según la imagen exactísima de Sergi, á las costras terráqueas: por estratificación. Estas capas psíquicas, ó son un producto de la adaptación, ó de la herencia.

Hay capas de honradez, de venganza, de amor, de generosidad, de valor, de impulsos criminosos, de altivez, etc. La primera suele ser la que fija la personalidad.

Pero acontece que un día una de las capas inferiores, la más recóndita, sobreponiéndose á las otras bruscamente, estalla, y saliendo al exterior, *cristaliza*, digámoslo así, en actos: ni más ni menos que una erupción volcánica ó un terremoto.

Arde en nuestro espíritu encarnizada guerra de conatos, semejante á la lucha por la vida que se observa en la Naturaleza. Entre estos conatos hay una selección impuesta por el triunfo del más poderoso. ¿Quién no tiene impulsos de criminal, que no traspasan el lindero de la conciencia? La educación modifica, atenúa, pero no cambia *totalmente* el carácter. Lo que no se sabe de cierto es si las tendencias hereditarias son más imperiosas que las adquiridas, y á la inversa.

Si el sentimiento del amor filial no ha prendido en el niño, por que no se le ha *objetivado*, diciéndole en presencia de su madre: «Mira, esa es tu madre, á quien debes querer y respetar», etc.; y si á esta enseñanza no corresponde la conducta de aquélla, ¿en nombre de qué principios ha de exigírsele á aquél que ame y respete al ser que le dió la vida? El amor filial, lo dice Richet, no es ins-

tintivo, y los animales dan ejemplo claro de ello.

Por estas y otras razones se disculpa el desamor filial de Paquito. Porque en este niño precoz—precocidad que puede ser un síntoma de degeneración—se advierte ningún cariño por su madre, de la cual ha heredado la altivez. Es un niño envejecido prematuramente, á causa del rencor y del desprecio que van acumulando en su espíritu los desvíos y liviandades de aquella adúltera insolente.

Por eso él siente odio y vergüenza cuando sorprende á ésta y á Jacobo escarneciendo el retrato de Villamelón, obsequio del artista primerizo á su padre: odio por el amante, vergüenza por la que le dió la vida. Por eso acomete á Jacobo con furia, y más tarde, en las postrimerías de la novela, pelea, hasta darle muerte, con *Tapón*, el hijo de aquel grandísimo bellaco. Por cierto que este incidente es uno de los más vigorosos y entretenidos de *Pequeñeces*. Las escenas que le preceden en el colegio, la de las *moscas mensajeras*, sobre todo, recuerdan, por su gracejo, su travesura infantil y su naturalidad seductora, algunos capítulos de *Amicis*, delicado filósofo del divertido mundo de los párvulos.

A ratos parece tomar el tono solemne y agrio del paisaje, dentro de cuyo marco se realiza. Suprimiendo lo de la Virgen de Regla, que me pa-

rece *cursi*—para los beatos, indudablemente no lo será—es un cuadro de mucha luz, *d'après-nature*.

La síntesis de mi pensamiento es ésta: que el carácter no se forma por sí solo; que á la herencia se une la educación; que de padres malos (un Villamelón y una Curra Albornoz, por ejemplo) salen hijos buenos, algunos del *todo*, otros á *medias*, como Paquito, que no es malo por temperamento, sino por influjos del medio y culpa de sus padres. Que es malo, lo revela en sus venganzas taciturnas; que es bueno, cuando llora al verse olvidado de los suyos, y cuando se arroja al agua para salvar la vida del hijo del Marqués de Sabadell.

Si hubiera llegado á hombre, habría sido un odiador *silencioso* del género humano, pero digno y soberbio.

La figura de este niño tiene color y relieve, mucho más que la de su hermana Lili, delicada flor que, aun no entreabierta, quiere marchitarse en un convento.

*
* *

Juanito Velarde es una figura transitoria, que bien pudo suprimirse en gracia de que no hace maldita la falta. Simboliza uno de los caprichos de la Albornoz, sacrificado en aras de su vanidad.

El novelista pudo haberle sacado mucho partido, si no como factor de la fábula, como *dato* sociológico.

Todo aquel monólogo suyo en la Plaza de Oriente, sus recuerdos retrospectivos despertados por la vieja del aguaducho, se me figuran vulgares, poco *sentidos*. ¡Qué análisis tan sustancioso pudo hacer de los *miedos* invencibles del duelista primerizo y de *ocasión*, de los sentimentalismos románticos á que se entrega quien, amando *mucho* la vida, se ve en el trance de jugársela sin una justificación incontrovertible! No obstante, en algunos fragmentos, las cavilaciones de Velarde logran despertar cierta melancolía en el ánimo del lector, si no por lo que expresan, por lo que sugieren.

El episodio del duelo está precipitadamente contado y vale poquísimo. En éste, como en otros muchos capítulos de *Pequeñeces*, corrobora el ya célebre jesuíta lo que dejé apuntado al principio: que no es un pensador ni un artista intensamente impresionable, de los que ven hasta el fondo de las cosas. Y en esto difiere sobremanera de Balzac, con perdón sea dicho, segunda vez, de la autora de *Morriña*. Balzac diseca, Coloma fotografía, El P. Coloma no tiene, además, dentro de sí un gran poeta pesimista. Porque no se ha menester *declamar* (recurso de que abusa el citado escritor) para

sacar á la superficie la tristeza soterrada en el mero hecho de vivir. Lo que abunda en la vida— aun en la de aquellos que se juzgan felices—es el desencanto, el dolor, el desconsuelo. Muchos no se percatan de ello porque van resbalando, insensiblemente tal vez, por una rampa llena de flores.

La religiosidad de Velarde es la de aquellos que invocan á Santa Bárbara cuando truena, como la de la mayoría de los personajes de *Pequeñeces*. Pocos, poquísimos son devotos porque *les nace*; es más, el fervor del mismo jesuíta se me antoja tibio. Sus exaltaciones religiosas tienen más de *obligadas* que de sinceras.

Si el P. Coloma no vistiera hábito, ¡cómo se reiría de las mojigangas del rito! Puede que se ría en sus adentros, como se burla con socarrona malicia del P. Cifuentes.

*
**

Lo que resulta inverosímil hasta dejarlo de sobra—y ya lo han señalado antes que yo algunos— es la exclamación de la madre de Velarde cuando sabe la muerte de éste. ¿A qué madre, á quien dan de sopetón la noticia de la muerte de un hijo, lo primero que se la ocurre decir es esto:—«¿Y se ha confesado?»

«Si es broma, puede pasar.»

No olvidemos, sin embargo, que hay madres para todo.

Un tipo que ha pasado inadvertido y que, á mi entender, tiene muchísima gracia, es el del afeinado revistero Pedro López, muy superior al que describe Pereda en su soporífera novela *Nubes de Estío*. Vale más el P. Coloma cuando ridiculiza que cuando se pone serio. *Chroniqueurs* como López, conozco yo algunos en Madrid—y cuenta que no aludo á *Asmodeo*.

Los demás tipos de la obra—Leopoldina Pastor y la Mazacán, el diplomático peludo, *El Buey Apis*, etc.,—diríase que están cortados por el mismo patrón.

Son *medianías* que pasan sin dejar huella. Divierten mientras hablan; pero una vez que callan, nadie se acuerda de ellos.

El Marqués de Butrón pudo servir de mucho á Coloma para mostrarnos menos superficialmente el mecanismo de la política de bastidores.

¡Y cuánto nos hubiera revelado de las costumbres políticas y de la vida privada del hombre público!

*
**

El medio ambiente de la novela es un estudio *directo* de la realidad. El novelista se mueve den-

tro de él con natural despejo y desembarazo, como en su propia casa.

Aquello huele á *gran mundo* como se ha dado en llamar al mundo de las *pequeñeces*.

Denuncia, desde luego, al hombre escéptico, familiarizado con la atmósfera social en que pone á sus personajes. Y ya que el P. Coloma no es partidario, ni con mucho, de la *impersonalidad* en la obra artística, ¿por qué no averigua los múltiples factores de la corrupción que señala? El ocio en que suelen vivir las gentes ricas ¿no será tal vez una de las causas que más influyan en esa relajación de costumbres contra la cual clama indignado el jesuíta? Pero no pidamos peras al olmo: el P. Coloma no tiene nada de sociólogo. El remedio que él propone, sobre ridículo, resulta peor que la enfermedad, aparte de que los jesuítas no tienen derecho á tirar piedras al tejado ajeno, porque ¡cuidado si es inmoral la moral casuística de los hijos de Loyola!

Abro al azar las *Lettres provinciales*, de Pascal, y leo:

«¿En qué ocasiones puede quitarse el hábito un religioso, sin incurrir en la excomunión?

»*Si se lo quita por una causa vergonzosa, COMO PARA ENGAÑAR Ó IR DE INCÓGNITO Á SITIOS DE VICIOS Y DESÓRDENES, siempre que tenga VOLUNTAD DE VOLVÉRSELO Á PONER.*»—(Carta 6.^a To-

mado de la *Práctica según la escuela de la Compañía de Jesús.*)

En uno de sus diálogos escribe Pascal por boca de un jesuita:

«Nosotros (los jesuitas) tenemos máximas para toda clase de personas: para los curas, para los religiosos, para los caballeros, para los domésticos, para los ricos, para los comerciantes, para los indigentes, para las mujeres devotas, para las que no lo son, para los casados, para la gente disoluta..... para todos. Nosotros no queremos desesperar al mundo.»—(Carta 6.^a)

Y sigo leyendo en la misma Carta *cosas* tan edificantes como las que siguen:

«Un cura que ha recibido dinero por decir misa, ¿puede recibir *nuevamente* dinero para decir la misma misa? Sí.»

«¿Puede decir misa un cura el mismo día en que ha COMETIDO UN PECADO MORTAL DE LOS MÁS CRIMINALES, CONFESÁNDOSE PRIMERO?»

Sancius dice que sí, y sin que peque.

Véanse las reglas que deben observar los domésticos de los discípulos de San Ignacio:

«Pueden llevar *cartas* y *obsequios* (no se dice á quién, pero se supone), abrir *puertas* y *ventanas* (de fijo que no será para que éntre el aire), ayudar al *amo á SUBIR Á LOS BALCONES, sostenerle LA ESCALA* (allanamiento de morada con escala-

miento. No me parece mal): todo esto es *permi-*
tido é indiferente» (Carta 6.^a)

Salto á la Carta 7.^a y copio:

«Un beneficiado, sin caer en pecado mortal, puede *desear la muerte* (no asustarse, que no pasa de simple deseo) al que tiene pensión sobre su beneficiado; y UN HIJO LA DE SU PADRE (¡qué *loyolada!*), y ALEGRARSE *cuando sucede*, con tal de que esto sea *por el bien* que le reporta, y NO POR ODIO PERSONAL.»—¡Oh, la *intención*, la *intención* sobre todo!

Razón por la cual el P. Sánchez, en su *Teología moral*, autoriza el duelo y dice que se *puede MATAR Á TRAICIÓN AL ENEMIGO*.—¡Piadosa alevosía! como dice Pascal.

Aun hay más.—«Se puede *matar á los testigos falsos* (nada, unas panteras los tales jesuítas) y AUN AL JUEZ *si está en connivencia* CON ELLOS.» (No seré yo juez en mis días.)

Pero no crean ustedes que se puede matar así como así, ¡ca! Hay que matar con BUEN PROPÓSITO, como si dijéramos, con *arte*.

Se debe matar también al que *intenta* darnos un palo ó una bofetada, y hasta al que nos hace gestos ofensivos. (Véase la *Teología moral* de Escobar, jesuíta de los más calificados.)

Y sigo copiando, no á hita, sino á la que salta:

«Uno no está obligado á restituir lo que ha ro-

bado en *pequeñas cantidades*, por *grande que sea la suma total.*»

«Si un adúltero—*aunque fuese* CLÉRIGO—fuese sorprendido por el marido, TENDRÁ EL DERECHO DE MATAR Á ÉSTE en propia defensa.» (Enríquez. *Teología moral*, t. I, lib. IV, cap. X, núm. 3, pág. 869.)

«Si uno ha RECIBIDO DINERO PARA HACER UNA MALA ACCIÓN, ¿está obligado á devolverle?—*Distingo*: si NO se *ha realizado la acción*, sí; pero si se ha EJECUTADO, NO.» (Molina, citado por Escobar.)

Lo que despampana es la doctrina jesuítica en lo atañadero á la lujuria. Los reverendísimos..... Padres han escrito tales cosas, que no me atrevó á reproducirlas por temor de que se ruborice..... el papel en que escribo.

Alla va eso, no obstante, como muestra:

El P. Corneil indica á las mujeres que se hallan en el caso de Susana—cuenta Larousse (página 960, columna segunda, t. IX), un medio de salir del *apuro* sin *pecado*, pero con PLACER: el de decirse para sus adentros que no *consienten*, porque la *vida* y la *reputación* valen más que la *castidad*.

«Las mujeres no pecan mortalmente si *exhiben su belleza* á los jóvenes que saben despertar sus deseos lúbricos.....»

Etcétera, etcétera, etcétera, etcétera.....

Después de lo copiado—y de muchísimo más que no copio—¿cabe negar que los jesuítas son gente inmoralísima é hipócrita, si la hubo?

Por todo lo cual y por sus intrigas políticas, su sed de dominación, sus riquezas adquiridas por todo linaje de medios, fueron expulsados de todas partes como perturbadores de la tranquilidad pública y corruptores de las costumbres: de Holanda, de Bohemia (1618), de Malta (1643), de Rusia (1723), de Portugal (1759), de España (1767), de Sicilia y de Nápoles (1767), etc.

Esto por lo que toca á la moral de la comunidad. Veamos ahora la moral de *Pequeñeces*.

III.

Es la misma que la de *La Devoción de la Cruz*, de Calderón. Eusebio, el protagonista de esta comedia—en la que se contraviene la ortodoxia católica—luego de haber llevado una vida de crímenes, se salva por el arrepentimiento, lo propio, aunque con algunas variantes, que Curra, la heroína de *Pequeñeces*, y Diógenes.

Con semejante doctrina, á todas luces perniciososa, que, en cierto modo, recuerda al avestruz,

que supone que con esconder la cabeza se libra de las balas, se autoriza tácitamente todo linaje de desafueros. ¿Qué importa haber obrado mal, si el arrepentimiento y la oración, al fin y á la postre, nos redimen de todo castigo?

Gracias á que la sociedad no ha dado mucho *crédito*, que digamos, á la tal doctrina, por cuanto que agarrota muy bonicamente ó echa á presidio al que delinque, sin perjuicio de ponerle un confesor junto al palo.

Y una de dos: ó la justicia de los hombres está de más, ó lo está la celeste. Si rejas, ¿para qué votos? Si votos, ¿para qué rejas?

¡Cuánto más ejemplar no hubiera sido (hablo con el P. Coloma) la pintura, sin comentarios, de la realidad! La experiencia, con su cortejo de reveses y desengaños, dice más al espíritu que cuanto pudieran discurrir teólogos y metafísicos.

La vida tiene *en sí* su moral como su savia. El espíritu de conservación, regulado por leyes *higiénicas* (higiene psico-física), es la base de toda moralidad. Si el beber con exceso me hace daño, no debo beber; si el robo y el asesinato me exponen á sufrir los rigores del Código, quitándome la libertad ó la vida, no debo cometerlos.

En lo concerniente á la *apreciación* de la conducta, ¿qué más juez que la propia conciencia? Mientras no se eduque al hombre en el temor *de*

si mismo, haciéndole patentes las ventajas que trae consigo el obrar bien, todos esos preceptos de moral divina serán tortas y pan pintado.

Schopenhauer lo ha dicho: es tan absurdo suponer que los sistemas de moral produzcan virtuosos y santos, como suponer que los tratados de estética hagan á quien no lo es, poeta, escultor ó músico.

El trabajo es la fuente de la verdadera moral. El refrán lo dice: «La ociosidad es madre de todos los vicios.»

—Estamos habituados—advierte Spencer—á considerar la moral sólo desde el punto de vista psíquico; rara vez la consideramos desde el punto de vista biológico.

Y aquí reside, á mi ver, el flaco de la moral cristiana, en el abandono de lo físico. El quebrantamiento de una función perturba el organismo, como la inobservancia de una ley vigente, el orden social. Es inmoral—escribe el estupendo filósofo inglés—tratar al cuerpo de modo que se disminuya la vida. Y crea el P. Coloma que esos ayunos y penitencias—holocausto de la superstición á un dios engreído y déspota—tiran á la ruina orgánica, y de la ruina orgánica se va al suicidio, á la imbecilidad á ó la locura, á tiro hecho.

Yo no me meto á inquirir si hay algo ó no después de la muerte. Ni afirmo ni niego. Puede que haya algo, puede que no haya nada, como *temía* Hamlet. Eso de que el sentimiento religioso es *innato* en el hombre, es una *filfa*, porque los australianos, por ejemplo, que son hombres, aunque salvajes, no sólo no tienen idea de un ser divino, sino que no tienen siquiera ídolos ni templos, nada, en suma, que les distinga, en lo referente á la religiosidad, de los brutos. A los esquimales y á los cafres les sucede otro tanto; en la lengua de estos últimos no hay una sola palabra que indique la sospecha de la existencia de un Dios. (Julián Vinson: *Les religions actuelles*.)

La idea religiosa—cuyas transformaciones estudia el citado Spencer tan profundamente en sus *Principios de Sociología*—es un producto de la herencia, del *espíritu de imitación* (no olvidar el origen simio del hombre) del medio que ejerce una gran *sugestión* sobre la conciencia.

Imagínese lo que influirá en la formación de las creencias el hecho de que desde niños nos estén diciendo, un día y otro, que hay un cielo y un infierno. De hombres, se nos hace cuesta arriba despojarnos de esas leyendas que arrullaron nuestro sueño y sahumaron nuestro espíritu.

Si en vez de esas paparruchas que nos llevan á la superstición—superstición que nace de la pug-

na de la creencia con el raciocinio—nos enseñaran, sin *amenazas ni mentiras*, á ser honrados, ¡cuán distintos seríamos! Por de pronto, no seríamos tan hipócritas.....

*
* *

El P. Coloma se propone moralizar á la aristocracia; pero le pasa lo que á Hamlet:

*«The time is out of joint—O cursed spite!
That ever Y was born to set it right!»*

(*Hamlet*, acto I, escena IV.)

El P. Coloma no ha nacido para arreglar el mundo..... aristocrático, por una razón muy sencilla: porque no tiene arreglo: Mientras haya dinero y mujeres, mujeres sobre todo, tendremos vicio para rato.

El P. Coloma se indigna, y se indigna en tonto; porque pensar que los Villamelones han de poner en aborrecimiento la *cuerna*, y las Albornoz dejar de ser vanidosas y livianas, porque él se suba á la parra y los señale con índice *apocalíptico* á la vergüenza pública, es como pedir cotufas en el golfo. El mal no está en las ramas, sino en la raíz.

Suprímense..... los jesuitas, que maldita la falta

que hacen (créame V., Padre), edúquese á aquellos en una atmósfera sana, y no digo que salgan perfectos, ¡cal!; pero menos viciosos, indudablemente. La educación religiosa, ésta es la madre del cordero, créame V., Padre.

Cuánto más provechoso y útil que enseñar á rezar á las mujeres, de suyo supersticiosas é impresionables, no sería enseñarlas á ser discretas, francas, de pensamiento y de obra; inculcarlas la idea de que el casarse sin amor conduce, tarde ó temprano, á todo género de desdichas; que el ser honrada no consiste en aparentarlo sin en serlo, no por *el qué dirán*, sino para tranquilidad de la propia conciencia.

Así entiendo yo la moral. Lo demás se me antoja una cancamusa.

Pues qué, ¿acaso necesita el creyente sincero intermediario para ponerse bien con su Dios? Que rece, si quiere, á su modo, sin *fórmulas* tradicionales; pero que ore con el espíritu y no con los labios, y donde nadie le oiga. Si Dios existe y es bueno—como dicen—ya sabrá justipreciar nuestras acciones sin intervención de sacerdote alguno. ¡Los sacerdotes, esos alabarderos de la corte celestial!

Es preciso *objetivar* las creencias—se me dirá;—porque ¿cómo ha de creer en un Dios abstracto el hombre inculto, si no se le muestra enclavado

en una cruz, coronado de espinas, con un cortejo de frailes que canten sus alabanzas y pregonen los castigos que reserva para los impíos y los ateos?

Eso se evita suprimiendo el rito (¡ahí duele, oh clérigos!) y enseñándoles, con lógica, á los incultos, las relaciones de efecto ó causa. De otro modo la religión resulta una farsa brillante y pomposa, pero grotesca, hecha sólo para gentes asombradizas y cándidas.

No negaré el influjo consolador que ejerce sobre las almas sinceramente crédulas; como tampoco tengo empacho en reconocer que la religión cristiana es el engendro más sublime de la humana fantasía, el más conforme con las aspiraciones y el espíritu de conservación del hombre.

Pero ¡ay! que estas ilusiones y esperanzas se parecen á las de los tísicos.....

¡Oh, creyentes, llevad los Sacramentos á ese Dios, que se muere!..... como decía Heine.

IV.

Volvamos á la prosa de *Pequeñeces*. Es una prosa descuajaringada, sinuosa, algo *curialesca*,

pero no desprovista de lozanía y vigor, de agilidad y nervio. El P. Coloma no es un estilista como Valera, escribe á la pata la llana, sin curarse poco ni mucho de castigar su estilo.

En Balzac se disculpa el desaliño que campa en sus obras, en gracia de que Balzac escribía al vuelo y mucho, para pagar sus deudas, sin tiempo de andarse con exquisitismos retóricos.

Pero en el P. Coloma, que, como buen jesuíta, se dará una vida á lo canónigo, no hay excusa que atenúe sus incorrecciones. Hay pasajes en su novela que denuncian el cansancio de su pensamiento, mal obedecido por la pluma; párrafos que son un laberinto de confusiones debidas á la falta de concordancia, llenos de repeticiones atentatorias al ritmo, de ripios, de gerundios, *ora en ando*, *ora en endo*, de *les* en acusativo y dativo, sin distinción de géneros.

Declaro que tengo las márgenes de mi ejemplar de *Pequeñeces* atiborradas de notas que, á transcribirlas, compondrían un tomo voluminoso. Indicaré algunas:

«Cruzábanse por todas partes enhorabuena y adioses....., y padres, madres, niños, criados, revueltos en confuso tropel, invadían las dependencias del colegio, REBOSANDO esa satisfacción purísima....., etc.» (Pág. 16, t. I.)

Bello y Salvá censuraron há tiempo el uso del

gerundio en casos tales. *Rebosaba* debió escribir el novelista.

«Volvió entonces el niño hacia el cuadro de la Virgen sus grandes ojos azules, REBOSANDO candor y pureza.» (Pág. 18, t. II.)

Que rebosaban sería lo correcto.

«Y la buena señora estampó en *las mejillas* (ojo) del niño, llenas de *lágrimas*, otros dos sonoros besos que en vano pretendían suplir en ELLAS.....» (Pág. 28, t. I.)

Ellas ¿á quién se refiere? ¿A mejillas ó á lágrimas? No lo sabemos.

«.....el colegio solitario, silencioso como una *jaula de jilgueros vacía.....*» (Pág. 29, t. I.)

¿Por qué había de ser de jilgueros la jaula? ¿No podía ser de canarios ó de otra clase de pájaros?

«.....era el académico *en cuestión.....*» (Página 34, t. I.)

En cuestión, galicismo, según Baralt.

«.....perfectamente arropadas, como entre dos PELLEJOS DE CONEJO.» (Pág. cit., t. id.) *Pellejos, conejo.....* ¡Qué oído!

«Castropardo *sufrió* otro *acceso* de HILARIDAD.» (página 37, t. cit.)

Sufrir, por padecer, es galicismo, lo propio que *hilaridad*. (Véase Baralt.)

«.....tenía sobre sus *tierras hipoteca* ninguna de la *banquera.*» (Pág. 48, t. cit.)

Tierras, hipoteca, banquera..... Ea, ea, ea.

«.....tieso, sin mover la cabeza, *extendiendo* el brazo hasta formar con el *cuerpo* ángulo *recto*, como solía saludar..... el rey *Amadeo*.» (Pág. 52, tomo cit.)

¡Cinco asonantes en *eo* en un solo párrafo!

«Porque *su* esposa prolongó *su* estirpe *añadiéndole* un niño y una niña, y la renta de *el*, que, según su frase.....» (Pág. 62, t. cit.)

¡Cuidado que hay anfibologías! No se sabe de quién es la estirpe ni de quién es la frase.

«.....su audacia *infinita* y su *cinica* travesura *femenina*, lograba el único fin en su *vida*.....» (Página 62, t. cit.)

Infinita, cinica, femenina, vida.....

«.....paseó por la HORRORIZADA concurrencia una *mirada*.» (Pág. 65, t. cit.)

«.....*paseando* por todo el auditorio sus *claros* ojos, admirablemente (?) *azorados*.» (Pág. 65, tomo cit.)

Aos, aos, aos.

«.....no puede ser más *desairada*. Pues *nada*.....» (Página. 67, t. cit.)

Modelo de confusión caótica:

«Pero Butrón, que no cabía en sí de gozo, al ver que SU PIFIA (ojo) *diplomática* quedaba *ori-llada* (tres asonantes seguidos), se apresuró á DETENERLA (¿á quién? ¿á la pifia?), *llevándosela*

al hueco de una ventana (¿á la pifa? No lo entiendo), *donde* por algún tiempo DIALOGARON VIVAMENTE.» (Pág. 71, t. cit.)

Dialogaron vivamente ¿quiénes? ¿El Marqués y la pifa, ó la pifa y la ventana?— *Qui potest capere, capiat.....*

«Era Thiers un vejete muy *limpio*, á pesar de ser republicano.» (Pág. 71, t. cit.)

¿Qué tiene que ver la limpieza con..... las temporadas? ¡Era de noche, y sin embargo llovia!

«.....á todas horas la moral *divina* de Dios.....» (Página 73, t. cit.)

Divina de Dios; no, que será del diablo.

«Currita pudo á tiempo renunciar á su REVANCHA.» (Pág. 75, t. cit.)

Revancha, por desquite, es galicismo. (Véase *Gramática de la Academia*, pág. 278, últ. edic.)

«.....como si la basura sirviera para *otra cosa* que para infestar el *recinto* que la encierra.» (Página 75, t. cit.)

Hombre, la basura sirve para abono.

«.....la Mazacán era una *intriganta*.....» (Pág. 76, tomo cit.)

De hoy más diremos *ambulanta*, *cantanta*, etc.

«..... *bajo* sus toldos de *verano*, *aristocráticos* racimos de gomosos *desocupados* que miraban el *democrático* desfile.» (Pág. 80, t. cit.)

¡Ao, ao, ao!.....

«Tom Sickls, arrebatada la cara de remolacha.....» (Pág. 82, t. cit.)

«..... coche y caballos quedaron parados.....» (Página 82, t. cit.)

¡Ao, ao, ao!.....

«..... elevando en sus manos artísticos candelabros.....» (Pág. 85, t. cit.) Ao, ao, ao.....

«..... su vocecilla chillona y algún tanto imperiosa, díjole que no podría ver á la señora por haberse (que se había, Padre) acostado media hora (señora, hora, consonantes) con una espantosa jaqueca.....» (Pág. 88, t. cit.)

Pero ¿qué concepto tendrá el P. Coloma de la armonía?

«..... como se confundían los bucles de oro que rodeaban como.....» (Pág. 91, t. cit.)

«El sueño, el sueño bendito, fiel amigo de los niños (y del que tiene sueño, aunque no sea niño), vino á acallar sus sollozos y contener sus lágrimas (supongo que no serían del sueño), adormeciéndole allí mismo, sin variar de postura.....» (Pág. 93, tomo cit.)

Sin variar de postura, ¿quién? ¿El sueño?

Para *líos*, éste que copio íntegro:

«Y aquella frente elevada (ya verán ustedes qué estuche es la tal frente) de abultados parietales, que reclamaba para sí el dicho de la zorra al busto, tenía, en efecto, *actitudes* (la frente ac-

titudes, pase) magníficas cuando, surcada por un pliegue vertical, se inclinaba, como en aquel momento, y le *decía* con *el aire* de Bismarck.....» (Página 94, t. cit.)

¿La frente *le decía* con el aire de Bismarck? Si hubiera dicho V. con el aire de *la* de Bismarck..... No crean ustedes que ese *le decía* es metafórico; la frente le decía: «Desengáñese V., Martínez.»

Vamos, que no me queda nada por ver.

«..... le había traído allí y *échole* aguantar con paciencia.....» (Pág. 98, t. cit.)

Échole, con *h*, si usted no manda otra cosa, *páter*.

«..... y pasando por las tres distintas *FACES* que se reflejaban en su persona.....» (Pág. 98, t. cit.)

Faces, con *s*, Padre, si usted no se enoja.

«..... como hombre que *tiene* entre manos.....» (Página 98, t. cit.)

Que *tiene*, no; que *trae*.

«..... *cualquiera* hubiera creído.....» (Pág. 101, tomo cit.) que iba usted á decir «*cualquiera hubiese* creído», á fin de evitar la consonancia

«Aparecía lo demás obscuro y solitario (¿Y oliendo á queso?) *teniendo* todo *ello* un *aspecto*.....» (Página 103, t. cit.)

«..... como si desdeñase *de* pisar.....» (Pág. 104, tomo cit.)

Ese *de* es un ripio.

«..... esforzándose éste por persuadirle *que.....*»
(Página 110, t. cit.)

Se persuade *de* una cosa, no se persuade *que*.

«..... un gran sitial gótico, *preciosa joya arqueológica.....*» (Pág. 114, t. cit.)

«..... parecían llenarle la *ancha bocaza* (redundancia, *páter*), y preguntó con su suavidad *acostumbrada.....*» (Pág. 122, t. cit.)

«..... *sudando* la gota gorda, *colorado*, con *ambos puños apoyados.....*» (Pág. 122, t. cit.)

«..... la *larga librea* con *anchas franjas* en las *bocamangas.....*» (Pág. 127, t. cit.)

«..... el mandil *remangado*, *atropellando* á su *paso.....*» (Pág. 128, t. cit.)

«..... sus *delgados labios*. *Temblando.....*» (Página 129, t. cit.)

«..... *estaban* ya, sin embargo, *guardadas* y *prohibida* la *salida.....*» (Pág. 129, t. cit.)

«No hacía Currita aquellos alardes *artísticos-sentimentales.....*» (Pág. 132, t. cit.)

No sé yo que se diga los ferros-carriles, los portas-monedas las bocas-mangas.

«..... *esperaba* la *taimada* Condesa, con su sonrisa de *colegiala*, *apretaba.....*» (Pág. 132, t. cit.)

«..... de víctima *resignada* que se inmola *abrazada* á sus hijos en *aras.....*» (Pág. 133, t. cit.)

«Y Fernandito, tan *afectado*, tan nervioso, *pos-*

trado en cama é inspirando su salud serios cuidados..... (Pág. 133, t. cit.)

¡Cuidado con el oído del P. Coloma!

«..... á comidas y *saraos* con los bolsillos del frac *forrados* de hule para poderse llevar á mansalva dulces y *emparedados.....*» (Pág. 133, t. cit.)

«La apoteosis de *Currita* prometió ser *ruidosísima.....*» (Pág. 134, t. cit.)

«..... para impetrar del cielo una apoplejía fulminante para D. Salustiano.....» (Pág. 134, t. cit.)

«..... los *criados diseminados.....*» (Pág. 135, tomo citado.)

«Indudable *era* para Butrón que la dama *era.....*» (Pág. 144, t. cit.)

¡La *niña era muy sandunguera!*....., como cantan en Cuba.

«Y *Currita* se enterneció otra vez, *emboscando* entre sus suaves *lagrimitas.....*» (Pág. 145, t. cit.)

«*Currita* abrió la gran *tapa* delantera, cuyas *bisagras* y *cerrajas doradas dejaban.....*» (Página 150, t. cit.)

«El *encargo* era fácil, *dado* el afán que de llenar aquel *desairado cargo* con una grande de España, existía en la Corte: Villamelón, sin *embargo*, cometió una pifia..... Habíale *encargado.....*» (Página 155, t. cit.)

Vaya, que es usted capaz de *cargar* con tanto *cargo* al mismo Job.

«..... cuyas *mezquinas intriguillas traían.....*»
(Página 156, t. cit.)

«Lanzóse el *Gobernador* sobre ellos con todo el *ardor* (¡horror!) de su picado *amor.....*» (¡furor!). (Pág. 157, t. cit.)

«..... de *artillería*, de gran *familia*, *arrogantísima* figura, *poquisima* vergüenza (y poquísimo oído), que *había antecedido* á *Juanito* en el puesto de *confianza* que á la sazón *ocupaba* éste en la *casa.*» (¡*Feche* usted y no se derrame!) (Pág. 160, tomo cit.)

«..... que las *damas* de la *aristocracia preparaban* para aquella tarde en la *Fuente Castellana.*» (Pág. 161, t. cit.)

«..... aquella inmensa *avalancha.....*» (Pág. 163, tomo cit.)

Avalancha, por alud, es galicismo. (Véase la página 278 de la *Gramática de la Academia.*)

«.....*lacayos* con los *brazos cruzados*, retintines de *bocados.....*» (Pág. 163, t. cit.)

«.....rindiéndole el homenaje de sus *sonrisas* y su *envidia*, haciéndose REAS» (Pág. 167, tomo cit.)

Reo, P. Coloma, es común de dos: el reo, la reo, como el testigo y la testigo.

«Ningunos *gemidos*, sin embargo, tan *perfumados.....*» (¿*Gemidos perfumados?* Allá V.) (Página 171, t. cit.)

«.....Pedro López había *mascado* raíz de lirio antes de lanzar aquellos suspiros *confitados* que había *modulado*.....» (Pág. 172, t. cit.)

¿Verdad que esto parece un *cantable*?

«.....al empuñar la pluma en *sus manos*.....»
(Página 172, t. cit.)

En primer lugar, la pluma no es una espada, para empuñarse; y, en segundo lugar, caso de empuñarse, sería con una sola mano, porque no sé yo de nadie que coja la pluma con ambas manos, como los monos.

«.....de *seda* (eda) y encajes *crema* (ema), á la *bella* (ella) *Condesa*.....» (esa). (Pág. 173, t. cit.)

«.....ojos muy *abiertos*, quedóse largo *tiempo suspenso*.....»

«.....con puño de *plata* (ata) una *delgada* (ada) *caña*.....» (aña).

«.....del poético *lago* (ago) ó del *dramático* (ático) *Tajo* (ajo), un *trancozo* (azo) *soberano*.....» (ano). (Pág. 178, t. cit.)

«.....por tener *presente* (ente) la *siguiente* (ente) *anécdota*.....» (Pág. 184, t. cit.)

«.....malicias *refinadas*, honores sin *tacha* y reputaciones escandalosas *barajadas*.....» (Página 187, t. cit.)

«.....y *aceradas* (adas) observaciones que se *comunicaban* (aban) al oído las *damas* (amas) más *relamidas* que *llenaban*.....» (aban). (Pág. 189.)

«.....mujeres más *sensatas* y *honradas* que *figuraban*.....» (Pág. 189, t. cit.)

«.....el plato *favorito* (ito) del buen *Juanito*.....» (ito). (Pág. 199, t. cit.) (¡Qué *oidito!*)

«.....*estaba situada* su *casa*.....» (Pág. 206, t. cit.)

«.....y *Luisito* (ito), el *chiquitín*, su *niño* (iño) *querido* (ido), su *ojito*.....» (ito). (Pág. 207, t. cit.)

«.....*encaramado* sobre un *peñasco* *dominando*.....» (Pág. 208, t. cit.)

«.....*puñados* (ados) de *fango* (ango) *amasadado*.....» (ado). (Pág. 213, t. cit.)

«.....*blanca* como un papel, *extrañada* (ada) y casi *irritada*.....» (ada). (Pág. 218, t. cit.)

«.....*se arrojaron* en sus *brazos* *llorando*.....» (Página 222, t. cit.)

«.....*arrellenóse* en los *almohadones*.....» (Página 233, t. cit.)

Arrellanóse habrá querido decir el novelista.

«.....*trazadas* (adas) por una mano más *acostumbrada*.....» (ada). (Pág. 234, t. cit.)

«.....un *lupanar* *dorado* y *perfumado*.....» (Página 234, t. cit.)

«.....en *fastuoso* lo *precioso*.....» (Pág. 235, t. citado.)

«.....*abofeteada*, *escupida* y *asesinada*.....» (Página 237, t. cit.)

«.....*fuentes monumentales* como un *gigante* de otras *edades*.....» (Pág. 237, t. cit.).

«.....bella cabeza airosamente puesta.....» (Página 239, t. cit.)

«.....y blanca que asomaba por el ojal de la americana.....» (Pág. 241, t. cit.)

«.....el viejo, aligerando el tardo paso y alcanzando al fugitivo, le gritó en castellano.....» (Página 242, t. cit.)

«.....y hasta entre las faldas de las damas el afeminado prócer acostumbraba refugiarse con intempestivos abrazos que le arrugaban y le tizaban la inmaculada camisa.....» (Pág. 256, t. cit.)

Salto un montón de páginas, en gracia de la brevedad, y me poso en éstas, donde leo:

«.....dirigía cotillones (ones) en los grandes salones.....» (ones). (Pág. 276, t. cit.)

«.....dorada celosía para mirar las azuladas montañas del Asia.....» (Pág. 279, t. cit.)

(¡No está V. mala montaña de asonantes!)

«.....conteniendo casi el aliento, y lanzando una rápida mirada á la cómoda que guardaba.....» (Página 290, t. cit.)

«.....saltó otra vez azorado (del azorado abusa, hasta el fastidio, el novelista), y echando mano al revólver; en el cuarto vecino había resonado un salto, pasos precipitados, varios golpes.....» (Página 293, t. cit.)

«Apretó el paso, azorado (¡vuelta la burra al trigo!) y mirando.....» (Pág. 297, t. cit.)

Modelo de anfibología:

«El certamen de belleza femenina..... despertó en la Condesa de Albornoz la felicísima idea de hacer circular por toda la Europa artística y civilizada *la suya propia*.....» (Pág. 317, t. cit.)

¿Con *quién va* esa *suya propia*? ¿Con idea? ¿Con belleza? No lo sé. ¡ Se explica tan mal este clérigo!

«.....de *Currita la riquísima mantilla*.....» (Página 318, t. cit.)

«Era un *abanico* muy bonito, de nácar QUEMADA.....» (Pág. 320, t. cit.).

Nácar es masculino, *Páter*, digo yo. Pero ya he visto que es V. muy aficionado al trueque de géneros. A *reo* me le casó V. con *rea*, sin el sentimiento de la gramática.

«.....todo *ciudadano* (ano), al estrechar estos *lazos* (azos) *venerandos* (andos), *dejando*.....» (Y *fastidiando* con tanto *ando*.) (Pág. 323, t. cit.)

«.....en la *gloriosa* (osa) *picota* (ota) de la *moda*.....» (oda). (Pág. 325, t. cit.)

«.....cosida á *puñaladas* y *arrojada*.....» (Página 325, t. cit.)

«.....*clavados* en sus ojos los suyos *abotagados*.....» (Pág. 327, t. cit.)

«.....*tuviera* (era) el ramplón desenlace de *cualquiera* (era) *comedia* (edia) *moratinesca*.....» (esca). (Pág. 342, t. cit.)

¡Pobre D. Leandro, y cómo te pone el bueno del fraile!

«.....de *mármol* (ao) *blanco* (ao) dan ingreso al piso *bajo* (ajo), *destinado* (ado) al recibimiento, y *adornado*.....» (ado).

«.....la elegancia en el *decorado* (ado) de un *palacio* (acio) de *campo* (ampo). (Pág. 360, tomo citado.)

«.....de *mirada* (ada) *vaga* (aga), un poco *alta* (alta), como lo es la *mirada* (ada) de la *esperanza*.....» (anza). (Pág. 362, t. cit.)

«.....*aquella naturaleza tan bella*.....» (Del bello y del *precioso* también abusa el novelista. Para él todo es bello y *precioso*.) (Pág. 378, t. cit.)

«.....paréceles *propio el precioso depósito*.....» (Pág. 384, t. cit.)

«.....los planes *trazados y abortados*.....» (Página 384, t. cit.)

«.....por lo *tanto*, la clave del *arco* que había *fabricado*.....» (Pág. 384, t. cit.)

«Por eso *debistes*.....» (Pág. 390, t. cit.)

Este debistes, por debiste, no es errata, porque el novelista le escribe con frecuencia.

«.....*apoyado* (ado) en el *avrado* (ado).....» (Página 394, t. cit.)

«El *aspecto*, la voz, el *enérgico desprecio* de aquel *reto*, *sobrecogieron* á Jacobo por un *momento*.....» (Pág. 403, t. cit.)

«.....si la *existencia* de *aquellas pruebas* era una *mera amenaza*.» (Pág. 403, t. cit.)

«.....el golpe de *gracia* (no está mal golpe de gracia el que da V. á la eufonía) con una *espada* de hoja de *lata*.....» (Pág. 406, t. cit.)

Para *lata*, la de su estilo.

Por mi honor, que he ido copiando al azar, según se han ido abriendo las páginas ellas solas, como quien dice.

No niego que hasta en los escritores más atildados suelen verse asonancias y consonancias que disuenan; pero no á cada párrafo, como en la novela en que me ocupó.

Abro el tomo II, por cualquier parte, por la página 6, y leo:

«.....las *calvas* vistas en proyección de los melómanos *faltos de pelo*.»

Claro, si tuviesen pelos no serían calvos.

Y sigo la caza:

«.....esas *personas* (onas) de clase inferior, entrometidas y *gorronas*.....» (onas) (Pág. 10, t. II.)

«.....no *vocalizaba* mal; pero *estaba tan flaca*.....!» (Pág. 11, t. II.)

«.....como *espantada* un momento y mirando *hacia la sala*, añadió con *intemperancia ordinaria*.....» (Pág. 13, t. II.)

«.....del *leader* del día, cuyos saludos se mendigan, *sus* frases (cuyas, *Páter*) se repiten, *sus*

trajes se copian (cuyos, *Päter*), *sus toses* (cuyas, *Päter*) se enumeran.....» (Pág. 14, t. II.)

«.....la *primera* (era) una *verdadera* (era) niña...»

«.....las *solapadas* (adas) *mañas* (añas) de la *raza* (aza y no Vital).» (Pág. 17, t. II.)

«.....con el *hociquito* (ito) *fruncido* (ido) y los *ojitos* (itos).....» (Pág. 19, t. II.)

(Que me pone V. nerviosito, *Paresito*.)

Con franqueza: ¿es esto prosa ó un tango?

«*Hecho esto*, el *espejo* de *caballeros*.....» (Página 24, t. II.)

«.....*colocada* con *afectada* naturalidad.....» (Página 35, t. II.)

«.....con *grande* (ande) *arte* (arte) el habla de *Cervantes* (antes).....» (Pág. 35, t. II.)

«.....que *aceptando* el *mando*.....» (Pág. 37 tomo II.)

«...era María Villasis una QUIJOTA.....» (Página 42, t. II.)

No sabía yo que Quijote tuviera femenino. A nácar le cambió V. el sexo, y á Quijote me le casa usted, no con Dulcinea, sino con Quijota.

«.....*extraña* CANDIDATA cuadrumano que *trataba*.....» (Pág. 45, t. II.)

«.....los *presentes* se dignasen estudiarla *maduramente*.....» (Pág. 48, t. II.)

«.....*mosaicos* romanos y *bajos* relieves.....» (Páginas 57 y 58)

¿Se dice *bajos* relieves ó *bajo*-relieves?

«.....lazos de unión con tanto trabajo anudados.....» (Pág. 84, t. II.)

En la página 98, en que el novelista describe el oratorio de la Condesa con hermosura y color (descripción que recuerda otra de Balzac en *La peau de chagrin*), tropiezo con una vegetación tropical de asonantes y consonantes que aturde. Véase la clase:

«Sobre un fondo de *raso blanco*, cubierto por cristal *chafanado*, veíase sencillamente un *harapo*, un *pedazo* de burdo y raído sayal *pardo*.....»

«.....cerraba el cuadro una gran *chapa* de *plata*.....»

«.....cursi, *pretenciosa*.....» (Pág. 108, t. II.)

Pretencioso, por presuntuoso, es galicismo. Véase Baralt, y la Gram. de la Acad., pág. 278.)

«.....formaba este grupito sospechoso *teniendo* al frente.....» (Pág. 110, t. II.)

«.....el tío Frasquito, sorprendido, acongojado..... pierde el *equilibrio* y se agarra al *telón*, PONIENDO en riesgo EL QUE guardan sus compañeros.» (Página 137, t. II.)

Poniendo en riesgo ¿qué? ¿El telón ó el equilibrio?

«.....el coche estaba *en* la puerta.» (Pág. 158, tomo II.)

A la puerta, para otra vez, Padre.

«.....más *pretenciosa* que artística.» (Pág. 161, tomo II.)

Dale, bola, con el pretenciosa.

«.....un pertinaz *constipado* tenía *encerrado*.» (Página 169, t. II.)

«.....*chapalateando* sobre el *fango*.» (Pág. 181, tomo II.)

Chapaleando es como se dice, y no chapalateando. Al menos, el Diccionario académico (que es bastante malo, dicho sea en su elogio) no trae chapalatear.

«.....charla insustancial y *mujeriega*.....» (Página 190, t. II.)

Mujeril sería lo propio.

«Tú me los *distes*.... » (Pág. 198, t. II.)

Diste, Padre, y van dos.

«Tomé los sellos porque tú me los *distes*.» (Pág. 203, t. II).—*Diste*, Padre, y van tres.

«.....que *resonaba* (aba) entre aquellas *altas* (altas) *montañas* (añas) de una manera *extraña* (aña), *profana* (esto es armonía imitativa, y lo demás, *patraña*), como pudiera resonar una *risotada*.....» (Pág. 211, t. II.)

«.....á las *modestas cestas*.....» (Pág. 213, t. II.) (*Estas, estas*.)

«.....*risueño*, lleno de luz y *alegría*, como una *fuentecilla alegre*.....» (Pág. 222, t. II.)

Alegre como..... la alegría, claro.

«María Valdivieso *hacia una escena* á Paco Vélez.» (Pág. 226, t. II.)

Hacer una escena, por *dar un espectáculo*, ó reñir, no es castellano, ni chispa.

«.....la *aguardientosa* voz.....» (Pág. 229, t. II.)

Aguardientosa, no; aguardentosa, entendámonos, señor cura.

«.....su humor *chancero*, tiróle á la mujer, lo *primero*.....» (Pág. 242, t. II.)

(¡Qué estilo tan ratonero!)

«Te *salistes* con la tuya.....» (Pág. 251, t. II.)

Saliste, ¡oh clérigo! y van cuatro.

«Agarrábase *con los labios* blancos á las *faldas*.....» (Pág. 254, t. II.)

El novelista quiso decir que se agarraba, *blancos los labios*, á las faldas. Como está, parece que se agarraba *con* los labios, y eso no puede ser. En todo caso, se agarraría con los dientes.

«Aquello era un *dolor* (or) y un *horror*.....» (or). (Pág. 268, t. II.)

(¡Or, oor, ooor! como cantan en *La leyenda del Monje*.)

«.....su *persona* (ona) arrojaría la *poltrona*.....» (ona). (Pág. 279, t. II.)

A mí sí que me están dando ganas de arrojar la novela por el balcón. Es V. capaz, ¡oh eclesiástico! de enfurecer á una momia (léase académico) con el sonsonete de su estilo. •

«.....un escándalo *iniciado* (ado) y *meditado* (ado) en casa de Currita, y *llevado.....*» (ado). (Página 292, t. II.)

«Riéronse todos á *carcajadas* (adas), y ella muy *extrañada.....*» (ada). (Pág. 296, t. cit.)

«.....dos *diputados novatos* (¡vaya, que me da usted unos ratos!), *cándidos provincianos.....*» (Página 301, t. cit.)

«.....habían dado ya al *atleta*, el ángel y el ramo de *violetas.....*»

(Le hace usted á cualquiera la..... santísima con estas músicas.)

«.....más *diestros* en *aquello* de seguir la pista á un *enredo*, pusiéronse en seguida en *movimiento.....*» (Pág. 317, t. cit.)

«.....para *cuyo acto* se ha servido S. M.....» (Página 318, t. cit.)

Acto *para* el *cual*, hubiera dicho un hablista.

«.....sintió nuevas *pataditas* de Fernandito, *repitiendo.....*» (Pág. 320, t. cit.)

De Fernandito, *que repetía.....* ¡Señor! ¿A qué viene ese gerundio? A embrollar el sentido.

«.....cinco soberbias consolas de mármol y bronce *sosteniendo.....*» (Pág. 326, t. cit.)

Que *sostenían*, para otra vez, ¡oh sacerdote!

«Madrid amaneció con el suelo *emporcachado.....*» (Pág. 341, t. cit.)

Emporcar, que no emporcachar, señor jesuíta.

«..... *chapatateaban* sobre el fango.» (Pág. 349, tomo cit.)

Ya le he dicho á V. que no hay tal *chapatatear*.

«.....cubiertos con *pingajientas* colchas.....» (Página 345, t. cit.)—Pingajosas, señor cura.

«Distinguíase al pie del altar una gran masa negra, y salía *de ella*.....» (Pág. 351, t. cit.)

De la cual salía, hubiera escrito hasta Fabié.

«Y *ambos* (ambos) *echaron* (aron) á andar *agarrados* (ados) del *brazo* (azo), *atravesando*.....» (ando). (Pág. 371, t. cit.)

«A través de sus *largas* (argas) *pestañas* (añas), *extrañada*.....» (ada). (Pág. 400, t. II.)

«Asióse á la punta de aquella maza.....» (Página 410, t. cit.)

Pero las mazas, ¿tienen punta..... como los chistes? Extremo, quiso usted decir.

«.....*abajo* un gran *pañó* de *brocado recamado*.....» (Pág. 414, t. II.)

«.....la vista rabiosa y *desesperada*, para lanzar en torno una *mirada*.....» (Pág. 418, t. II.)

No, que serían monedas de cinco duros.

«.....sin que levantase *ella la cabeza ni hiciera* un movimiento, como si la *vergüenza* de su vida *entera* la tuviese allí *sujeta, clavada* ante las *miradas*.....» (Pág. 421, t. cit.)

¡Esto ya no es prosa, es una cencerrada!

«Jamás hubo despertar tan *alegre*.....; tenía

aquello *algo* del despertar de los *pájaros cuando* en una mañana de *Mayo* se lanzaban del nido al primer *rayo* (ni adrede se escribe peor) de la aurora y estalla la *alegría* (*alegre, alegría*), derramándose por entre el follaje como una cascada de *alegres trinos.....*» (Pág. 432, t. cit.)

Y basta con lo copiado para poner de manifiesto la delicadeza auditiva y el gusto literario del P. Coloma.

No faltará quien diga que doy sobrada importancia á semejantes *minucias*. ¡Minucias!

Pero ¿en qué consistirá el arte de escribir para algunos? Tan censurable es el escritor arcaico, afectado y lamido, como el que carece totalmente de *artificio* y escribe á la que salga.

Soy partidario de la sencillez y naturalidad en el decir; pero no hasta el punto de suponer que la gramática y la retórica para maldita la cosa que sirven.

En un artículo de periódico se disculpa el quebrantamiento de algunos cánones del *ars bene loquendi*, en gracia de la premura con que suelen escribirse; pero en una novela, y en una novela como *Pequeñeces*, escrita en el retiro del claustro, con todo sosiego, semejantes incorrecciones, que distan de ser un grano de anís, no merecen indulgencia.

El primer tomo de *Pequeñeces* despierta más interés que el segundo. A mi juicio, la novela pudo reducirse á uno solo. Hay capítulos que huelgan, y lujo de divagaciones impertinentes.

El desenlace peca de lánguido y cursi, y parece como *soldado* al resto de la novela. Tiene un olor á sacristía que apesta.

En lo tocante al espíritu de *Pequeñeces*, aplaudo que el novelista se haga eco de esta máxima de Stuart-Mill:

«Las enfermedades sociales, como las del cuerpo, no pueden precaverse ni curarse sin hablar claramente de ellas.»

Lo que no aplaudo es el remedio que propone. Por ese camino no se va á ninguna parte, como no sea á la demencia ó al aniquilamiento de la personalidad.....

OBRAS DE EMILIO BOBADILLA

(FRAY CANDIL).

Reflejos. Críticas, con una carta de Emilia Pardo Bazán.—Segunda edición (agotada).

Escaramuzas. Críticas y sátiras, con un prólogo de Clarín.

Fiebres. Poesías.—Segunda edición.

Capirotazos. Sátiras y críticas.

EN PREPARACIÓN.

A vista de pájaro. Críticas.

Novelas en germen.

Críticas instantáneas.—Segundo folleto.